josamente sus aserciones, al estudio y meditación de la Escritura Santa, de los Concilios y de los Santos Padres; ejercitándolos en la aplicación constante de las reglas de buena lógica; y habituándolos á desenredar más fácilmente los sofismas y apreciar con certeza la justicia de una consecuencia. Desde que cayó en desuso el método escolástico, descuidóse el estudio de la veneranda antigüedad eclesiástica y aun el de la Teología Dogmática; decayó visiblemente el arte de raciocinar; y presto se llegó á un punto en que obras por otra parte celebradas no ofrecen sino un conjunto de paralogismos y contradicciones, que si tienen el mérito del estilo, están muy lejos de poseer el de un ajustado razonamiento.—Ríense los hombres ligeros de las disputas escolásticas: y sin embargo ellas tenían una gran ventaja: la de ocupar la actividad del espíritu humano en meditaciones inocentes, y desviar sus miradas inquietas de aquellas cosas ó materias en las cuales el error no puede ser indiferente. En prueba de ello, cuando se agitaban discusiones escolásticas, las grandes verdades de la fe y de la moral, las máximas constitutivas de los gobiernos, de la sociedad civil y eclesiástica estaban fuera de los tiros de la contradicción: porque la inquietud natural de la razón se alimentaba de especulaciones en las cuales ningún riesgo corrían ni el bienestar de los pueblos ni el justo imperio de la Verdad eterna. Mas hoy la razón dirige á todas partes sus miradas atrevidas y destructoras, semejante, como dice el mismo enciclopedista Bayle, á esos polvos corrosivos que después de haber consumido la piel reblandecida de una llaga, carcomen las carne viva, llevan la caries á los huesos y penetran hasta su medula.

Mas volviendo á nuestro propósito, he dicho, señores, que la devolución del cetro de la ciencia á Santo Tomás de Aquino es la resurrección de la Verdad y el medio de que sirve la Divina Providencia para realizar la profecía de Joel: *et descendere faciet ad vos imbrem matutinum et serotinum, sicut in principio.* Tan lejos está mi aserción de ser aventurada, que al contrario apenas hay alguna más fácil de demostrarse. Sin salir de la Encíclica *Aeterni Patris*, un católico, un verdadero filósofo no puede menos de convenir en que la filosofía de Santo Tomás es el rocío fecundante de la Iglesia. En efecto, ¿qué nos dice León XIII de Santo Tomás? "Que con el método de filosofía "escolástica consiguió él solo haber vencido todos los erro-"res pasados, y haber suministrado armas invencibles para

"refutar los errores que perpetuamente se han de renovar "en los siglos futuros.... que Santo Tomás distinguien-"do muy bien la razón de la fe, como es justo, y asocián-"dolas sin embargo amigablemente, conservó los derechos "de una y otra; proveyó á su dignidad de tal suerte, que "ni la razón elevada á la mayor altura en alas de Tomás, "ya casi no puede levantarse á regiones más sublimes; ni "la fe puede casi esperar de la razón más y más poderosos "auxilios que los que hasta aquí ha conseguido por Tomás".

Pregunto ahora: ¿el Papa León XIII, el Maestro universal de la Iglesia, el *Lumen in cœlo*, se habrá engañado ó querido engañarnos al recomendar y encomiar con esta elocuencia magnífica la doctrina y el método del Doctor Angélico? Nó: mil veces nó: porque León XIII demuestra hasta la evidencia que su modo de pensar sobre la filosofía de Santo Tomás es conforme con el juicio, puede decirse, de toda la Iglesia en los siglos precedentes. Fundadores de Ordenes religiosas; universidades de París, de Salamanca, de Alcalá, de Tolosa, de Lovaina, de Padua, de Bolonia, de Nápoles, de Coimbra; Soberanos Pontífices como Clemente VI, Nicolás V, Benedicto XIII, San Pío V, Clemente XII, Urbano V, Inocencio XII, Benedicto XIV con sus Bulas y Constituciones; Concilios Ecuménicos, como el de Lyon, de Viena, de Florencia, de Trento y el Vaticano último; adversarios mismos del nombre católico con sus magníficos testimonios.... todo, todo lo agrupa León XIII, de modo que no sé qué efugio pueda quedar á la cavilación para declinar la fuerza demostrativa de tan poderosos argumentos.

Luego, señores, la doctrina filosófica de Santo Tomás es el verdadero rocío matutino y vespertino que Dios prometió á su Iglesia, prefigurada por el pueblo hebreo: y yo añado ahora que no sólo es rocío, sino también río caudaloso que alegrará siempre á la ciudad de Dios: *fluminis impetus lætificat civitatem Dei* (20). Escuchadme otra prueba, y concluyo.

Hay en la vida del Doctor Angélico un hecho, un favor, un milagro que ha siempre llamado preferentemente mi atención y cautivado mi inteligencia, sin restricción alguna, en favor de sus doctrinas. Un día púsose en oración, en la capilla de San Nicolás, delante de un Crucifijo: cuando hé aquí que arrebatado en dulce arrobamien-

(20) Ps. 45, v. 5.

to, oye sensiblemente una voz que salía de los labios del mismo Crucifijo: "Tomás, bien has escrito de mí: *bene scripsisti de me, Thoma.* Igual favor mereció en Orbieto, cuando escribía el Oficio del Santísimo Sacramento; y en París cuando explicaba el misterio de la Adorable Eucaristía. Es este un hecho de todos conocido: no sólo la historia, sino también la tradición de seiscientos años ha perpetuado entre los católicos su memoria, y en Roma misma y en todo el orbe católico existen pinturas antiquísimas que representan al Santo Doctor en actitud de oir estas mismas palabras, escritas en los cuadros: *Bene scripsiste de me, Thoma.* El hecho es singularísimo, es maravilloso: pero yo he siempre deducido de él esta conclusión: luego toda la filosofía de Santo Tomas ha sido aprobada por Cristo; luego la filosofía de Santo Tomás es por lo menos la más segura, por no decir, infalible. Algún dialéctico me opondrá: "admitido el hecho, que ciertamente es indudable, parece que no hay consecuencia: "porque si Cristo aprobó á Santo Tomás, fué como á teólogo, que no como á filósofo". Yo, señores, protesto contra ese dialéctico; y le pruebo la consecuencia con dos razones: una general, y otra más particular y terminante. La razón general consiste en esto: una verdad no se opone á otra verdad; porque la verdad es una é indivisible; la fe no atropella á la razón, ni la razón puede desmentir á la fe. Luego quien como teólogo explica bien la fe por medio de la razón, no puede menos de explicarla con buena filosofía. Luego quien como teólogo merece la aprobación de Cristo, mereciola también como filósofo. La otra razón más particular y terminante es ésta. La aprobación de Cristo, que la historia nos refiere, recae puntualmente sobre los maravillosos tratados y declaraciones de la Encarnación y de la Eucaristía. Ahora bien: saben los doctos que precisamente éstos son los que en la teología escolástica envuelven las nociones más profundas y abstrusas de toda la metafísica, las ideas y teorías que ni aun sospecharon los filósofos gentiles, las enseñanzas filosóficas que más desprecian como vanas sutilezas los indoctos. En el tratado de la Encarnación del Verbo Divino ocurren á cada paso las ideas de substancia, de esencia, naturaleza, subsistencia, personalidad, hipóstasis, comunicación de idiomas, análisis muy sutil de las potencias intelectuales y sensitivas del hombre, y mil otras que si se quieren excluir, el mismo tratado escolástico queda reducido á nada. En el tratado de la Eucaristía se cruzan á cada paso mil teorías filosóficas acerca de la materia, de la cantidad, de la extensión, de los accidentes, de la naturaleza de los cuerpos: prescíndase de ellas, y no será posible dar un paso adelante en la posible explicación filosófica del misterio.... Salta, pues, á los ojos que si Cristo Nuestro Señor dijo al Doctor Angélico: *Bene scripsisti de me, Thoma;* esta aprobación no pudo menos de extenderse á todo el conjunto: esto es, á las enseñanzas puramente teológicas, á las teorías filosóficas en que las primeras se apoyan, y aun al método mismo con que se exponen. De otro modo seguiríase el absurdo de que quien fiado de la aprobación de Cristo estudiase á Santo Tomás para salir buen teólogo; podría muy bien con las borlas de teólogo ser un filósofo baladí; absurdo, repito, muy injurioso á la persona adorable de Jesucristo; y que en buenas cuentas él solo casi daría el triunfo á los deistas y racionalistas, quienes para proscribir la fe del mundo no se contentan con emancipar la razón de la fe, sino que se esfuerzan en presentarlas como dos potencias contrarias que deben combatirse sin tregua, hasta que la razón deificada por ellos obtenga el triunfo definitivo sobre la revelación. Luego (conclusión última) ó hay que negar el hecho mismo, y con él la verdad histórica y tradicional; ó hay que reconocer en las palabras de Cristo al Angélico Doctor la consagración más gloriosa de toda su celestial doctrina filosófica: el título más divinamente honroso que le asegura el legítimo derecho á ser el dominador absoluto de la inteligencia humana, y la justificación más completa de ese consentimiento unánime de la Iglesia universal en proclamar á Santo Tomás de Aquino como al vigoroso Atleta de la verdad y como al único Maestro cuyas doctrinas profundamente estudiadas y fielmente enseñadas á las nacientes generaciones realizarán en el siglo XIX y en los subsiguientes los ardientes votos de León XIII: La restauración de la verdadera filosofía.

IV

Hijos de Sion: alegráos y regocijáos en el Señor Dios vuestro, porque os ha dado un Doctor de la justicia, y porque hará descender sobre vosotros el rocío de la mañana y de la tarde, como en un principio. Hijos de Sión: nobles

y religiosísimos alumnos de Domingo de Guzmán, batid las palmas, dad saltos de alegría santa; porque hoy el Señor os hace justicia; hoy renace con nuevas creces vuestra antigua y muy merecida gloria; hoy recibís del cielo el más eficaz estímulo que os debe empeñar en las más arduas empresas de la mayor gloria de Dios y bien de la Iglesia universal. Hermanos míos, grande es vuestra gloria; creo que ella no debe caber en vuestros pechos; creo que ella rebosa. Pues bien: aquello que os rebosa de gloria y de alegría participadlo también con estos vuestros hermanos menores de la mínima Compañía de Jesús. Prenda será para nosotros de que nos admitís á esa participación, si recibís con agrado el pequeño concurso del último de los hijos de Ignacio de Loyola en los solemnes cultos que tan oportunamente habéis decretado á vuestro Angel.

Y ¿qué te diré á tí, santísimo, sapientísimo Tomás? Mi lengua enmudece al contemplar de tu radiosa frente los nuevos magníficos resplandores que iluminan á la Iglesia militante. ¡Bien venido seas! Por fin, por fin rasgaste el cielo, oh Sol hermosísimo de las escuelas, para embestir con tu luz pura las nubes y ahuyentar las sombras que á la tierra oprimen. Pues bajas de lo más encumbrado de los cielos, aguíjate como gigante para recorrer tus caminos (21). Háblanos, enséñanos: para esto te creó Dios. Dinos como Moisés á su pueblo: "Cielos, oíd lo que ha-"blo: oiga la tierra las palabras de mi boca! Acreciéntese "como lluvia mi doctrina, fluya como rocío mi palabra, "caiga como gotas sobre la hierba y como llovizna sobre "el césped" (22). Pero sobre todo enriquécenos con el tesoro de tus admirables virtudes. Yo con mayor gusto te aclamo Angel porque eras santo, que porque eras sabio. Yo temo mucho la sabiduría sin santidad. Enriquécenos, pues, ante todo con tus virtudes. Antes que por la sabiduría, Angel eras por la pureza: en la flor de tu ardiente juventud ahuyentaste con un tizón encendido al demonio impuro. Antes que por tus escritos, Angel eras por la contemplación: tan olvidado estabas del mundo, que aun en las bulliciosas mesas de los reyes no podía rumor alguno interrumpir tus profundas meditaciones. En fin: antes que por tu gloria, Angel fuiste por la humildad: perseguíante las honras; tú huías de ellas; al huir tropezabas con bácu-

(21) Ps. 18, v. 6.— (22) Deuter. c. 32, v. 1, 2.

los y mitras que te arrojaban de todas partes; mas tú, humilde en tu corazón, preferiste morir como humilde religioso, ciñendo á la sabiduría en tu persona con la áurea corona de la modestia. Por esto premió el cielo tu pureza con la perspicacia del Angel; y el silencio de tu contemplación y el retiro de tu humildad con el prestigio eterno de tus admirables doctrinas y con la gloria imperecedera de tu nombre. ¡Ah Tomás! Si la tierra está árida, estéril; si ella necesita del benéfico rocío de tu ciencia; alcánzanos antes esas tus santificadoras virtudes para que podamos comprenderos, y para que fieles intérpretes de la verdad y de tus pensamientos, merezcamos la dicha incomparable de satisfacer plenamente á los votos del Vicario de Jesucristo; y para que al bajar nosotros á la tumba podamos despedirnos de los que queden vivos, diciéndoles: "Hijos de Sión, alegráos y regocijáos en el Señor Dios "vuestro, porque os ha dado un Doctor de la justicia, y "porque ha hecho descender sobre vosotros el rocío de la "mañana y de la tarde, como en un principio....